

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

Del Corazon Sacratísimo de Jesús.

Es inútil que pretendamos comprender el amor de Jesucristo á los hombres. Pero conviene estudiar este amor para conocer en lo posible las riquezas que ese Corazon divino atesora para gloria suya y para gloria y provecho del mundo cristiano.

Para lograr este saludable conocimiento, parécenos la comparación de este corazon divino con los humanos corazones un medio fácil, si bien inadecuado, toda vez que segun el filósofo no hay proporcion entre lo finito y lo infinito.

Por grande que sea el amor de los padres á los hijos, no hay duda que Jesucristo ha superado este amor, y nos ha dado señales inequívocas de una caridad que Santo Tomás califica de *excelen-*

tísima y San Bernardo encarece como un prodigio, como el milagro de los milagros. Por ventura ¿podrá olvidarse la madre de su tierno infante cerrando su corazon al amor y misericordia para con el hijo de sus entrañas? (1) Aunque se diese un caso de esta naturaleza; aunque hubiese una madre de corazon frio, indiferente, insensible, sin amor, sin ternura, sin misericordia, yo, dice Jesucristo, no me olvidaré de vosotros.

Hé aquí vuestro nombre escrito en mis manos para que siempre esteis presentes á mi corazon. *Ecce in manibus meis descripsite.* ¿Qué son las llagas de sus manos sino la escritura de amor hecha con los clavos, y trazada con su propia sangre por aque-

(1) Isai. 49.

llos crueles escribas que rasgaron su delicada humanidad, y la afearon con toda suerte de oprobios y tormentos? Jesús ha tomado nuestra mortalidad para hacernos inmortales, ha recibido nuestras heridas para sanarlas, ha cargado con nuestras deudas para pagarlas, ha subido á la Cruz para redimirnos, y ha muerto como un malhechor para darnos la vida, y conquistar para cada uno de nosotros un trono de gloria.

El Corazón de Jesús nos ama con un amor que excede todos los amores. ¿Qué es el amor entre esposos comparado con este amor? La mujer una vez repudiada no puede ser recibida por su marido. Y ¡cuántos rompimientos verdaderamente deplorables se llevan á cabo por falta de amor y sobra de odio, hijo de la soberbia! Jesucristo se declara esposo de las almas que ha unido á sí por la fé, por la esperanza y por la caridad. Y ¡cuántas almas cometen pecado de adulterio, apartándose de Jesucristo y entregándose á Satanás? Con todo, este divino esposo cuyo corazón es todo caridad y misericordia, espera la vuelta de los hijos pródigos y cuando vienen humildes, contritos y humillados, recíbelos con entrañas pa-

ternales, y de nuevo les otorga el título de hijos, y el derecho á sus infinitas riquezas.

Por ventura, dice el profeta Jeremías (1), si el esposo repudiare á su esposa, y ésta se uniere á otro varón, ¿podrá recibirla jamás en su hogar y admitirla como esposa? Por ventura, ¿no viene manchada y contaminada esa mujer, y perdido ha todo derecho al amor de su esposo? Tú también, alma extraviada, ingrata y desleal, abandonaste la amistad de Jesucristo, y dissipada en malos pensamientos has fornicado con tus amantes que son el mundo, el demonio y los ídolos de tus pasiones. Dos pecados enormes has cometido: me has abandonado á mí, dice Jesús, á mí que soy fuente de aguas vivas, á mí que soy manso y humilde de corazón, á mí que soy tú hermano, tú amigo, tú esposo, tú bien, tú gloria y tu dicha, y te has ido á vivir con los vicios, á deshonorarte con los amadores de la vanidad, á perderte con la compañía de los impíos y libertinos. No obstante, yo no me alegro en la perdición de los hombres sino que amo de corazón, y recibo en mi amistad á los que vuelven arrepentidos.

(1) Cap. 3.

No solamente aparece superior al amor paternal y al amor matrimonial este amor divino que arde siempre en el Corazón de Jesucristo, sino que supera en alto grado todos los amores humanos, y entre ellos el amor social.

Apenas se encontrará un amigo que dé su vida por el amigo. Morir por salvar la vida de un buen amigo, morir por una persona buena, justa, agradecida, es acción laudable, y á veces heroica; pero dar la vida por el ingrato, por el inicuo, por el enemigo, como Jesucristo Nuestro Señor, es propio, exclusivamente de su divino Corazón, abrasado con las llamas de aquel amor infinito que le trajo del cielo á la tierra, y que el Apóstol encarece sobre todos los amores. De tal manera amó Dios al mundo que le dió su Hijo para que creyendo en él, se salven los hombres y alcancen la vida eterna. Éramos enfermos, y Jesucristo nos sano con sus llagas; éramos enemigos, y Jesucristo murió para reconciliarnos con su Padre, siendo su divino Corazón el centro de todos los corazones, de todas las vidas, de todos los amores que habian de salvarse, rehabilitarse, y purificarse en el fuego de su caridad, lazo de unión, y vínculo de per-

fección, que nos hace amigos, hermanos y herederos de una misma herencia en el reino de nuestro Padre que todo lo gobierna y todo lo salva en los cielos y en la tierra.

Z. M.

— — —
El Domingo.
 —

(Conclusion.)

¿Tienes algo que oponer á este argumento? Asnos os llamaban los gentiles: ¿si seria porque los cristianos ignoraban los rudimentos de la aritmética?

Creyente. — No tienes otros reparos que hacer al Catecismo?

Incrédulo. — Si que tengo otros; pero si me resolvieras este quizás cambiaria mi opinion respecto de los demás.

Creyente. — Manos á la obra. Prescindiendo de la inoportuna alusion á los calificativos que los gentiles daban á los cristianos y de los que todavia continúan dándonos los que, como tu, pasan mas horas saboreando el moka en los cafés, que revolviendo pergaminos en las bibliotecas. Llamar asnos á un Dionisio del Areópago, á un Clemente de Alejandria, á un Origenes, á un Pablo, á un Agustin, á un Jerónimo, á un Tertuliano y á tantos otros, es..... vamos, ¿quieres tú mismo acabar la frase?

Incrédulo. — Si, te doy la razon, es un solemne disparate. Mi profesion de incrédulo no me prohíbe rehusar ese testimonio á la verdad. Pablo, Origenes, Agustin y Jerónimo estaban á la altura de los conocimientos de su época, y no tengo inconveniente en decir mas: esto

es, que los cristianos se mostraron en el terreno científico á mayor altura que los gentiles.

Creyente.—Me alegro de que sobrepongas al espíritu de secta el amor á la verdad. Así tampoco me llamarás fanático ni oscurantista porque crea en la existencia de un Dios, criador de todas las cosas, so pena de cometer la injusticia de llamar ignorantes á un Pascal, á un Galileo, á un Linneo, á un Leibniz, á un Newton, ó un Bossuet, etc.

Incrédulo.—Por creer en la existencia de un solo Dios no cometeré la injusticia de llamarte ignorante y retrógado. Pero ahora tratamos de los tres dioses del Catecismo.

Creyente.—Repito que no blasfemes ni atribuyas á otros, los dislates que proceden de tu cerebro.

En efecto, me hablas de tu aritmética, y de sus leyes; en cuya virtud uno mas uno mas uno son tres.

No niego el procedimiento ni el resultado tratándose de la adición. Pero hay que advertir que no vienen á cuento ni ese procedimiento, ni ese resultado, ni esa operación calculatoria. Desde luego convendrás conmigo en que las tres divinas personas, tales como las expone el Catecismo cristiano, son fuerzas, actividades, y las fuerzas no se suman sino que se multiplican en buena ciencia matemática y filosófica.

El Catecismo, además, indica el poder creador de cada una de las divinas Personas; y es falta de sentido común calcular por la adición lo que corresponde de lleno á la operación de multiplicar. Hasta en el lenguaje del pueblo se multi-

plican las semillas y los frutos de los campos, no se suman; y en el lenguaje literario las producciones intelectuales suelen llamarse creaciones, porque son fruto de una fuerza viva, de una actividad, de un espíritu cuyas divisiones imaginarias no pueden constituir sumandos sino factores, cuyo producto, si es permitido hablar así, es una resultante de varias fuerzas, un engendro no por agregación de moléculas, una creación humana, es decir, algo que no acierto á explicar, pero que conozco que no procede de agregación aditiva, sino de aumento por vía de multiplicación.

Lo cual pareceme suficiente para que se decida cualquiera á no buscar, cuando se trata del Ser primero, del Ser esencialmente activo, causa de todas las fuerzas y de todos los movimientos, fuente absoluta de fecundidad y de paternidad, las angostas leyes de la adición, sino mas bien las de la multiplicación, cuyo concepto se aproxima mas á las operaciones inefables que la Teología y el Catecismo enseñan con respeto ó la Divinidad.

Descartando la ley de la suma: uno mas uno mas uno=tres, como impropio, inútil y absurda para nuestro caso; elevemos un grado esa ley, y resultará la ley de la multiplicación, ley científica, exacta y eminentemente cristiana. *Uno multiplicado uno multiplicado uno igual uno.* Ensignos: $1 \times 1 \times 1 = 1$. En esta igualdad se echa de ver la concordancia mas admirable entre lo que enseña el Catecismo y lo que enseñan las ciencias que tratan de cantidades que se numeran y miden. Allí el Padre, unidad eter-

na, es igual al Hijo, lo mismo que al Espíritu Santo; aquí el factor primero es igual al segundo, como al tercero. En ambos casos, el resultado no son tres dioses ni tres unidades, sino un solo Dios y una sola unidad. Examinando la igualdad anterior bajo el punto de vista geométrico, se observa que la primera potencia de uno es una entidad ideal, que no existe por sí sola en la naturaleza, porque la unidad lineal no se concibe sino como límite de las superficies, que el cuadrado de 1 es el símbolo de la unidad superficial, que tampoco existe en la naturaleza, sino como límite de los cuerpos; y en fin, que el cubo de la unidad lineal es la unidad apropiada para medir y apreciar los volúmenes, ó la extensión considerada en sus tres dimensiones. Diríase, en presencia de tales analogías entre el Catecismo y las ciencias exactas, que Dios Creador, ha querido imprimir su firma omnipotente en todas las obras de su diestra soberana, esparcidas en la inmensidad del universo.

Gloria á Ti, oh Dios Uno y Trine, cuyas huellas descubre el árabe en las soledades de su desierto erial, y el astrónomo en las inconmensurables profundidades de la celeste bóveda, y el naturalista entre las variadas yerbecillas del campo, y el geólogo entre los ocultos senos de las montañas de granito, y el matemático entre las leyes exactas contenidas en sus admirables fórmulas, y el físico entre las transformaciones de la materia inerte ó animada, sujeta á las leyes universales que pregonan una inteligencia infinita, y el artista entre los mágicos vuelos de su creadora fantasía, y todos en ese himno

perpétuo y universal que levanta todas las criaturas á tu gloria!

Incrédulo.—Santo, santo, santol Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

Creyente.—Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

J. M. B.

Una mendiga admirable.

El *Publicateur de la Vendée*, de la vecina nación, da cuenta del hecho siguiente ocurrido hace muy pocos días en *Sables de Olonne*.

«Una de las religiosas Hermanitas de los pobres ancianos, que recoge sus limosnas á domicilio, se presenta en un hotel que podríamos nombrar... un caballero allí presente hace demostración de darle alguna cosa... la Hermana tiende la mano... y ¿sabeis qué es lo que este inmundo personaje arroja en la mano de esta Hermana de la caridad? ¡Un innoble salivazol! ¿quién hubiera tenido el valor heroico de conservar su sangre fria y no castigar como merecía á este indecente? La religiosa, sin desconcertarse, retiró la mano manchada, y extiende la otra, diciendo con angelical sonrisa:

«Caballero, esto es para mí! Ahora, para mis pobres viejecitos, si os place.

»Estas palabras, sencillamente dichas, sin el menor aire de reproche, llenaron de turbación el corazón de este hombre, que se admiró de tanta grandeza de alma. Y abriendo su bolsa, con visible emoción dió á la Hermana de los pobres ancianos una limosna relativamente con-

siderable, diciendo: «Admiro este valor!» Y la religiosa se retiró con la alegría de haber seguido el ejemplo de su Divino Maestro, que, á su vez, ha sufrido también las injurias y las humillaciones.»

La repetición frecuente de estos rasgos de heroica virtud hace ya que apenas se fije la atención de la generalidad de las gentes en la fuerza secreta que las produce; y así no es extraño que ciertas personas y ciertos periódicos, que se llaman á boca llena amigos de la ilustración y de la educación del pueblo, desmientan con sobrada frecuencia estos títulos puramente gratuitos, que á sí mismos se adjudican, dejando correr en silencio esta hermosa voz de la Iglesia, que, con sus actos mas que con sus palabras, predica todos los días su origen divino y celestial.

Tanto peor para nuestros enemigos, porque precisamente su silencio, tratándose de hechos indubitados y ocurridos á su vista, prueba con la claridad de la evidencia, de divina una religión cuyos actos heroicos ya no llaman la atención, por lo mismo que son frecuentísimos y universales.

Los Santos Corporales de Daroca.

TRADICION PIADOSA.

Era en los tiempos venturosos para Aragón del reinado de D. Jaime el Conquistador, á la sazón que éste gran rey despues de apoderarse de la ciudad de Valencia, tuvo que dirigirse precipitamente á sus estados de Montpellier, y dejó encargado el mando de sus tropas á

su tío el valeroso D. Berenguer de Entenza. Este denodado caudillo continuando las conquistas comenzadas tan victoriosamente por D. Jaime, marchó al frente de los tercios de Daroca, Teruel y Calatayud con dirección á Albaida, á fin de sitiar el castillo de Chio, cerca de Játiva; pero atacado de pronto por un gran ejército de musulmanes, se vió precisado á hacerse fuerte en una posición ventajosa denominada *Puig del Codol*. Afortunadamente para los cristianos, cerró la noche, y el enemigo cesó de instigarle, pero cercándoles cada vez mas, de manera que al amanecer del día siguiente era inevitable la batalla. Berenguer y sus capitanes sabían que á pesar de su ventajosa posición, solo un milagro manifiesto de Dios podía librarlos de una muerte cierta, la que quisieron recibir con la serenidad del héroe y la piedad del cristiano. A este fin acordaron que al lucir el nuevo día y antes de combatir oirían misa y recibirían la Santa Comunión de manos de su capellán Mosen Mateo Martínez, natural de Daroca y Rector de la parroquia de San Cristóbal, que iba con ellos. Jamás las tintas nacaradas y los brillantes arreboles de la aurora han contemplado escenas mas tiernas. En la tienda de campaña de D. Berenguer se alzaba un altar formado de ramaje y flores, en el que se destacaba una imagen de Jesús crucificado, ante el que Mosen Mateo celebraba el sacrificio de la Misa rodeado de aquel puñado de valientes postrados de hinojos. Y todo esto en medio de un paisaje espléndido, bajo un cielo purísimo, en frente del enemigo y en presencia de la

muerte. ¡Con cuanto fervor pedirían al Dios de los ejércitos aquella gente valerosa les concediera la victoria!

Apenas Mosen Mateo había consagrado las seis formas con que debían comulgar los capitanes, y la santa Hostia de la Misa, cuando sonaron en el campo enemigo los atabales que llamaban al combate á la carrera, en medio de una algazara tumultuosa y de confuso vocerío. Poco tiempo bastó para que los musulmanes salvaran la distancia que los separaba de la pequeña hueste sitiada, la que precipitadamente abandonó la oración y se aprestó á la pelea, mientras que Mosen Mateo, sorprendido, consumió rápidamente su Hostia y guardó las seis formas, para que no fuesen profanadas por los infieles, entre los corporales y debajo de una piedra medio oculta por unos arbustos.

Lo que pasó luego, no puede contarse, para cada uno de los cristianos había un sinnúmero de musulmanes que los asediaban por todas partes, y les atacaban sin descanso, pero aquellos se defendieron con el valor propio del cristiano y el heroísmo del que está decidido á vender cara su vida. Así es que no se alzaba un brazo que errara el golpe, no se levantaba una daga sin que se tiñera en sangre, no se apuntaba una lanza sino para herir y matar. Ante tan prodigiosa resistencia, los musulmanes tuvieron que replegarse dejando el campo sembrado de heridos y cadáveres.

Como esta victoria tan señalada no puede ser mas que milagro de Dios, el buen sacerdote fué en busca de los corporales para que comulgasen los capi-

tanés, en acción de gracias; pero se llenó de asombro ante el prodigio de que las seis formas manaban sangre y estaban pegadas al lienzo.

A la vista de aquel misterioso portentoso, la voz de ¡milagro! ¡milagro!... corrió de boca en boca entre la hueste aragonesa, postrándose todos en tierra y adorando fervorosamente tan santo misterio. Promoviéndose con este motivo una piadosa disputa sobre cual de las tres ciudades á quien pertenecían aquellos tercios, debería guardar los milagrosos corporales, poniendo fin á la contienda por entonces, un nuevo ataque de los musulmanes, que avergonzados de verse vencidos por tan pequeño número de cristianos, trabaron de nuevo la pelea.

Mosen Mateo, desplegó de nuevo los corporales, ante el pequeño ejército, excitándoles á defenderse en nombre del Dios de las victorias que tenía en sus manos, y si poco antes habían hecho prodigios de valor, entonces ante la presencia de Jesús Sacramentado, cada aragonés era una muralla invencible, cada pecho cristiano una coraza invulnerable, cada soldado un emisario de la muerte.

No puede describirse el afán, el frenesí, el entusiasmo con que luchaban los tercios aragoneses; no puede concebirse los actos heroicos de la fé cristiana que tuvieron lugar entonces.

Ante tan rudo batallar, tan valeroso resistir, y tan maravilloso heroísmo, hubieron de ceder los moros replegándose de nuevo y levantando el campo para dejar paso franco á tan esforzado enemigo.

Entonces volvió á reproducirse la disputa entre los capitanes, sobre quien debía llevarse aquel precioso tesoro de los corporales. y para terminar estas controversias en que ninguno queria ceder, acordaron colocarlos en una primorosa arquilla, y despues sobre una acémila, fuesen conducidos á donde Dios guiase. Así se hizo; y la mula tomó el camino de Aragon y llegó sin darse un punto de reposo á Daroca el 7 de Marzo de 1529, cayendo sin vida al frente del hospital de San Marcos, donde algun tiempo despues se edificó el convento de Trinitarios, en cuyo pórtico aun puede verse modelado en marmol un bajo relieve representando este acontecimiento. Los santos corporales se guardan con la mayor devocion en un relicario de oro, donacion de D. Fernando el Católico, en una hermosa capilla que mandó edificar con tan piadoso objeto, en la Colegiata.

Todos los años el día del Corpues se se expone al público tan santo misterio desde una capillita hecha á propósito en lo alto de la muralla de la ciudad, por no poder contener la iglesia la inmensa concurrencia que acude á visitarla.

Tan admirable suceso lo relatan muchas historias particulares, pero especialmente podemos mencionar al P. Mariana en su historia de España en el Libro 13. Cap. I.

P. C.

(Del Pilar).

— — —
El Valle de lirios.

—
LEYENDA.

Existe á unos dos kilómetros del rio

Cabriel, entre Enguídanos y Talayuelas en la provincia de Cuenca, un pueblecillo de escasa ó de ninguna importancia, que indudablemente pasaria desapercibido á los ojos de todo el mundo si en la falda de la pelada roca en que se encuentra enclavado no se alzara el por mas de un concepto suntuoso monasterio de Tejada, puesto bajo la advocacion de la Virgen del mismo nombre.

El pueblo en cuestion se llama Garavalla, y podrá tener á lo sumo un centenar de habitantes, cuyas costumbres, por demás sencillas, hacen recordar las de los tiempos patriarcales; de tal suerte, aquel rincon de España se ha visto libre de la invasion del espiritu moderno, que allí lo ha respetado todo, desde el rico santuario hasta el pobrisimo hogar.

Agobiados todo el día aquellos humildes campesinos bajo el santo peso del trabajo, ignoran que mas allá del rio de los dorados peces y de la sierra de los seculares pinos existen ciuñades que arden en pasiones innobles, y pueblos que se destruyen en fraticidas luchas, no encerrando el mundo para ellos sino el millar de hectáreas de pan llevar que miran como su inagotable fuente de riqueza, y el monasterio que los reúne en los días festivos, considerado por ellos como la antesala de la paz eterna, y al que en suntuosidad y grandeza no reconocen rival.

Martin Parra.

(Del Diario Católico.)

(Continuará.)

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.